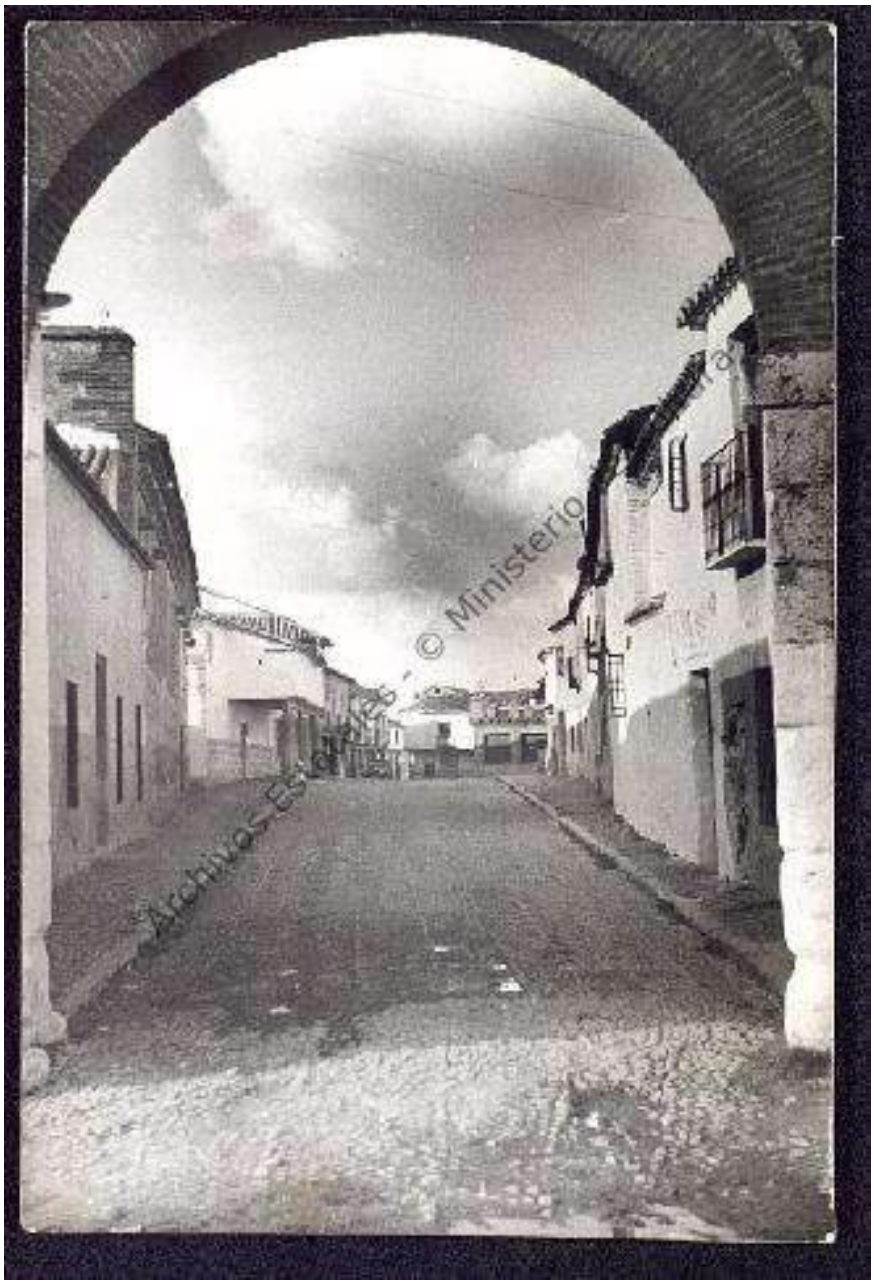
Publicación: **La guerra y los pueblos**.- En *Ahora*, 15-10-1936

AÑO VII NUM. 1.812
PRIMERA EDICION
Director: M. Chaves Nogales
Apartado 8.094
AHORA
PASEO DE SAN VICENTE, 26
Madrid, jueves 15 de octubre de 1936
Número suelto: 15 céntimos
Teléfono 18340

LA GUERRA Y LOS PUEBLOS



En este pueblo, grande, alegre, cuidado, apenas quedan hombres. Casi todos los que lo habitaban están en el frente. Es de los pueblos que revivirán con la victoria...

SECTORES DEL CENTRO

LA GUERRA Y LOS PUEBLOS

(CRONICA DE NUESTRO REDACTOR JESUS IZCARAY)

En este pueblo, grande, alegre, cuidado, apenas quedan hombres. Casi todos los que lo habitaban están en el frente. Es de los pueblos que revivirán con la victoria...

La proximidad del frente se adivina en los pueblos de la ruta. Aunque el cañón—que suena lejos—aun no se oiga, ni se vean todavía las masas de hombres que suben y bajan las lomas, se llega a una distancia en el camino en que, por la cara que tienen los pueblos, se siente que el combate está cerca.

Y no es que todos los pueblos de España adopten el mismo gesto ante la guerra. Su actitud varía por regiones, por términos municipales. No en vano es ésta una guerra clasista engendrada por una sublevación militar, y lo que menos decide en ella son las características de raza o grupo.

Cuando se escriba la historia de los pueblos en la guerra civil española, podrá establecerse una línea divisoria. Pueblos donde los ricos dominaban: Al lado de los fascistas. Pueblos donde los trabajadores (hablando de pueblos léase pobres) habían desbordado por su número la presión de los terratenientes: Al lado nuestro.

Esta separación nos dirá en términos generales, pero con proximidades de exactitud, dónde estaba cada pueblo y lo que ha hecho cada pueblo durante la guerra civil.

En estos pueblos del centro, tan diferentes—los suyos y los nuestros—a esos poblachones de Andalucía—¡Salud, Castro del Río, heroico y tenaz!—, he observado tres actitudes distintas frente a la guerra. Cada pueblo—me refiero, naturalmente, a los de nuestro lado—reacciona de una manera distinta ante la ferocidad de la lucha armada que la vieja casta, podrida y rabiosa, le impuso a cogotones.

Los pueblos insensibles

Se los encuentra uno a pocos kilómetros de la línea de fuego, donde ya se oye al cañón anunciar catástrofes. Son pueblos de los que no puede decirse que aguantan la guerra, sino, más bien, que no sienten la guerra. El espanto o la emoción inyectadora de ímpetu combativo que produce la guerra no atraviesa su piel de yeso. Hay pueblos así, insensibles, normales, sin alma y sin nervios.

A estos pueblos en seguida se les conoce. En la primera calle ya se tropieza uno con la gente mísera que va y viene al paso cansino de sus labores. Pasan los hombres inexpresivos, con herramienta al hombro y una mirada baja de sumisión de siglos.

Las mujeres tienen un aire más deprimente aún. Asoman en los agujeros de las casas entre un corro de chiquillos a espiar en el cielo los puntos negros de los aviones.

A las calamidades de la guerra, como a todas las calamidades que sufrieron siempre, les tuercen los labios con un: "¡Qué remedio!", expresión suprema de su esclavitud.

En estos pueblos la gente está con nosotros, pero no les queda ya—¡tanto tiempo estuvieron caídos!—espíritu y músculo para ponerse en pie y echar a andar a nuestro lado. No tienen fuerza para otra cosa que para esperar a que acabemos.

El pueblo insensible está casi siempre agujereado por las granadas. Sobre él zumban las balas y los motores. Pero él se queda quieto, allí, como siempre, como estuvo toda la vida, esperando, esperando su redención.

A lo más, algunos hombres se van a la plaza y se sientan a la sombra del pilón deshecho. Cuando pasan las banderas rojas de los autos guerreros, los más decididos se levantan, y con los puños apretados—muchas veces con los dos puños apretados—gritan:

—¡Salud!

Como dicen ellos "¡Salud!", no lo dice nadie. ¡Qué angustia, que pena y que esperanza ponen en ese grito tímido!...

Pero eso es todo lo que da de sí su vitalidad. Sufrieron tanto, que no tienen alma para mayor esfuerzo.

Estos pueblos insensibles son, invariablemente, muy pequeños, muy pobres y muy feos. Casi siempre están ocultos en un valle perdido o detrás de una peñasquera. En ellos vive poca gente. Quien no se resignó a arrastrarse se fué de allí hace ya mucho tiempo...

Los pueblos valientes

¡Ahí estás, pueblo valiente! ¡Se te conoce la valentía desde una legua! ¡Pregonan tu corazón los escopeteros del camino, que dicen tu nombre con orgullo!

—¿De dónde sois?

—De allí somos.

Se ven las banderas flotantes en lo alto de las casas desafiando a la guerra.

—¿Entraron aquí?

—¡Aquí, qué van a entrar!

En el corro de guardia, a la entrada del pueblo, están los hombres. Y los hombres se llaman hombres y valen como hombres desde los quince años a los setenta. De todas las edades los hay con escopeta.

Estos pueblos valientes están más limpios y huelen mejor. En todas las fachadas aparecen carteles: "Tanto vale una hoz como una ametralladora." "Alistáos en el 5.º Regimiento de Milicias." Y donde no hay carteles hay inscripciones pintadas en rojo: "Abajo los criminales fascistas." "No pasarán." O alguna anterior al 16 de febrero: "No votéis a los ladrones; votad a los trabajadores."

En muchas casas hay colgaduras rojas con letreros: "Comité." "Milicias Populares." (Aquí está el cuartel.)

—¿Cuántos hombres hay en el pueblo?

—Había; porque se han ido casi todos para el frente.

Hay pueblos de éstos, con no más de cuatrocientos vecinos, que han dado trescientos soldados a la Revolución.

Los que quedan en el pueblo trabajan todo el día para los que se fueron. De estos Comités improvisados salen camiones cargados de víveres que vuelan hacia el frente. Y aun algunos se reúnen de vez en cuando por su cuenta y echan a andar camino de la primera línea con un jamón y un cántaro de vino.

Estos pueblos valientes son casi siempre sabios. Han organizado su vida de una manera justa y rígida. Los del Comité fijan bandos en que se raciona estrictamente a los vecinos o se dice que, como en el pueblo había gentes que prestaban dinero a un tanto por ciento alzado, nadie debe pagar las deudas usurarias y que los acreedores deben devolver letras o recibos si no quieren incurrir en graves sanciones.

Estos pueblos valientes son la esperanza de la guerra.

Los pueblos vacíos

Según el día, según de donde venga uno, el pueblo vacío emociona o no. Si no se vuelve demasiado embrutecido del frente, el pueblo desierto, desolado, produce una impresión dolorosa que hace cerrar los ojos.

Se entra en él como en la alcoba de un muerto. El pueblo vacío tiene un silencio de campo o de tumba que le hace a uno hablar a gritos o ponerse a cantar.

Se pasa por la calle sin ritmo. A los dos lados está la hilera de puertas cerradas y de ventanas sin luz. En un balcón, de pronto, aparece una prenda que pusieron a secar al sol y que se quedó allí olvidada.

El tejado de alguna casa fué deshecho por un obús. Tal vez por el obús que puso a la gente en desbandada.

La desolación más plana, más honda, está en la plaza del pueblo. Allí aparece el letrero pintado con añil (Vinos) que congregaba a los hombres cuando atardecía. Y la farmacia y el casino de los señores, que cualquiera sabe dónde andarán...

La fuente de la plaza sigue manando agua. Una mano piadosa debía cegar el caño. Es insoportable el ruido del chorro en la piedra, indiferente al silencio de todas las casas.

¿Dónde se había ido toda esta gente? Luego se va uno acordando de que se los encontró el otro día al pasar por cualquier sitio. Iban en aquella caravana que pasó despacio, despacio, por el camino vecinal que, curva a curva, sale al encuentro de la carretera.

Pasó la gente de aquel pueblo y de otros pueblos—chiquillos, viejos y mujeres—sobre borricos y mulas, en carros atestados de dolores. Allí iba el setentón paralítico con su cantinela fúnebre:

—¡Yo no vuelvo más! ¡Yo no vuelvo más!

Iban el chico valiente que tiraba las piedras al café de los ganaderos, y la maestra canosa con su pobrecito gabán verde. Y el muchacho medio niña que lloraba en el carro porque se le había olvidado el grillo...

Estas caravanas de gente que busca el amparo de los luchadores dejaron esos pueblos vacíos. ¡Pero no importa, vagabundos de la guerra! Pronto esos pueblos volverán a llenarse de gente, de pan y de sol.

Este viejo es uno de los pocos hombres que quedaron en el pueblo de calles vacías y silencio angustioso. A los demás se los llevó a los frentes el turbión de la guerra... (Fotos Marina)

El pueblo valiente, lleno de vibraciones, de toda la inquietud de la guerra. Los carteles que los mozos colocan en las paredes proclaman su ardor combativo

© Biblioteca Nacional de España